

“LA HISTORIA DE UN HOMBRE QUE NO VEÍA BIEN”

Érase una vez un hombre que tenía problemas en la vista, pero lo ignoraba. Él siempre había visto de esa manera, y pensaba que su visión era normal.

Era un hombre bueno, aunque también muy ingenuo. Seguramente por esas dos cualidades era bien aceptado en su entorno.

Ocurrió que cierto día, hablando con un amigo, se dio cuenta de que su contortado describía cosas que, por mucho que se fijara, él no distinguía. Su amigo, al parecer veía detalles, ponía nombres a colores y resaltaba matices que él ni siquiera imaginaba que podían existir... ¿Sería cierto que todo eso estaba tan cerca de él y nunca se había podido verlo?

Como tenía buen corazón no dudó en absoluto de la palabra de su amigo y ansiaba ver bien. Por tanto, si tenía un problema, lo que había que hacer era buscar solución. Así que le preguntó al amigo: “Y ¿tú qué me aconsejas?, ¿qué debo hacer?”

El amigo, que era buen amigo, le dijo sin reírse de él en absoluto: “Pues no hay cosa más fácil: necesitas ir al oculista”.

Y se fue derecho a la consulta. El oculista, después de una breve observación, y viendo que el problema no tenía gravedad le dijo: “¡Bah!, no hay de qué preocuparse, no tiene usted nada importante. Podrá ver perfectamente en unos cuantos días. Use este colirio tres veces al día”.

Y se fue para casa tan contento. La farmacia le pillaba de camino, así que compró su colirio, y mientras caminaba iba reflexionando para sus adentros:

El médico me ha dicho claramente que use el colirio tres veces al día, y que muy pronto lo veré todo con detalle. Voy a comenzar por mi mujer. Al fin y al cabo ella es la persona que más quiero en este mundo, y me gustaría poder contemplar su bonita sonrisa con más claridad de lo que hasta ahora la he visto...

De modo que nada más entrar por la puerta de su casa llamó a su esposa y le dijo con gran entusiasmo: “Mira, amor mío, quiero verte bien, es lo que más deseo en este mundo. El médico me ha indicado que use tres veces al día este medicamento para mejorar la vista, y como a ti es a quien con más ganas deseo ver bien, tú serás lo primero que puedan ver mis ojos”.

Acto seguido, nuestro buen hombre tomó un paño, blanco y limpio, y lo roció generosamente con el colirio, para, acto seguido, restregar con el paño a su mujer en el rostro con delicadeza y profusión. Tuvo que ir a comprar más frascos, y pasadas unas horas buscó de nuevo a su mujer y tras impregnar de nuevo un trapo, volvió a embadumar a su paciente esposa con aquél remedio. Ardía en deseos de que a la tercera vez que repitió la operación pudiera verse algún resultado, pero nada. Entonces recordó las palabras del oculista: *Podrá ver perfectamente en unos cuantos días. ¡Ah, bueno!—se dijo— Habrá que esperar unos días, no seas impaciente”.*

Al día siguiente repitió la operación. Por la mañana, a medio día, por la tarde... Pacientemente su amante esposa se sometió a aquello que se le antojaba semejante a cuando ella daba la cera a los muebles

para que tomasen brillo. Y pasó un día y otro día, y el hombre con tremenda ansiedad, esperando los resultados de aquél colirio que al principio imaginó maravilloso, comenzó a sentirse contrariado. ¡Nada! Ni tres veces al día ni tres días ni tres semanas... que seguía viendo a su mujer justo como la había visto siempre. Llegó a maldecir para sus adentros al colirio, al oculista, al amigo que le aconsejó aquella visita al médico y casi a su misma mujer, que no mejoraba en nada.

Pero como era bueno, a pesar de su mal genio, y quería hacer todo lo posible por ver bien, se armó de paciencia y volvió al oculista.

Al escuchar la queja de aquel hombre y los nulos resultados de su tratamiento, el oculista le preguntó cómo se ponía las gotas. Así que nuestro hombre se lo explicó: “verá Ud., como lo que más quiero en este mundo es mi mujer, comencé por echarse las a ella...” -Y le fue explicando.

El oculista no sólo no se rió del pobre hombre, sino que se sintió responsable por no haber explicado debidamente el modo de empleo del colirio a aquel paciente. Así que, acto seguido, él mismo le puso las primeras gotas en los ojos, a modo de ejemplo, y le pidió disculpas por no haber sido más claro en la primera consulta: **“TIENE USTED QUE PONER EL COLIRIO EN SUS OJOS DE ESTA MANERA...”**

Dentro de lo cómico de la situación descrita, podríamos entrever algo que a veces nos puede pasar: pensamos que para que las cosas vayan mejor habría que hacer algo para que los otros cambien. Así todo mejoraría... Pero lo último que se nos ocurre es que el **problema**, y también la **solución, podrían estar en mí mismo**. Podemos aplicarnos el “colirio”, digo el cuento, que parece como si nos indicara: *“cambia tú a mejor para que mejore el mundo”.*

Con un saludo cordial

Fco. Javier Sánchez Núñez
Vicario parroquial

LA PARROQUIA ESTARÁ ABIERTA TODOS LOS DÍAS

Nuestro magnífico templo parroquial estará ABIERTO todas las mañanas, De LUNES A VIERNES, EN horario de 11,00 - 12,00. h. Un equipo de personas voluntarias del entorno de la Iglesia se harán cargo de abrir y cerrar. Gracias a todas ellas por facilitar la visita al Señor a cuantos deseen pasar unos momentos junto a Él, Y también por permitir a posibles visitantes la contemplación de esa gran obra de arte de la que nos sentimos orgullosos.